constituyéndole el reformador de las letras. Allí escribió comentarios sobre la sagrada Escritura, destinados á dar á conocer su sentido moral y sus alegorías; compuso tratados dogmáticos, y es esencialmente práctico el que versa *sobre los vicios y las virtudes;* en su testo se halla observada con seguridad la naturaleza humana. El de *Ratione animæ* solo contiene ideas sueltas sin carácter alguno filosófico. Su diálogo con Cárlos es una esposicion de los métodos de los antiguos retóricos y sofistas, en particular de la dialéctica y elocuencia forense; tambien escribió vidas de santos, la de Carlo Magno y algunas poesías. Su lenguaje es inculto, su estilo duro, argumenta como los teólogos, pero cuida poco de las formas, aunque siempre se eleva á la filosofia y literatura antigua, y en todas sus obras revela un profundo conocimiento de los Padres y de los autores profanos; supo cuanto en su tiempo se sabia, y consiguió reunir la literatura civil y religiosa, cuyo divorcio parecia absoluto. Nos quedan de él varios escritos y un sinnúmero de cartas, en las cuales, muy lejos de adular á Carlo Magno, trata de los puntos mas importantes de moral, política, religion y ciencias.

Fatigado de tanto trabajo pidió su retiro, y Carlo Magno le concedió irse á su abadía de S. Martin; y allí, entre sus veinte mil siervos y colonos, restableció la disciplina, hizo llevar libros de York

para aumentar las copias y dejó muy buenos discípulos. Allí corrigió los manuscritos alterados ó mutilidos por las manos de torpes copistas, prestó singular atencion á los libros sagrados, recomendando la exactitud en comas y puntos, encontrando más mérito en copiar libros que en plantar vides. El mismo, por su mano, copió una Biblia con sumo cuidado y grande esmero, y la regaló á Carlo Magno como un tributo de su agradecimiento. A su ejemplo se multiplicaron los buenos copistas, y las bibliotecas de los monasterios se enriquecieron con manuscritos profanos. Se desterraron los caracteres teutónicos, y se adoptaron los hermosos romanos, reforma que empezó en la abadía de Fontenelle por los monjes Ovon y Hardovino, y que nos ha valido los escelentes manuscritos de los religiosos de Reims y Corvia. Por último, debilitado por los años, renunció en sus discípulos sus ricas abadías para ocuparse de la salvacion de su alma, y tal fué la ocupacion que tuvo hasta la muerte.

Al lado de varon tan eminente, resplandecieron otros varios, y á ellos debemos preciosos trabajos científicos; sin embargo, por no dilatar nuestro escrito no nos detendremos en el exámen de sus obras, pero sí referiremos sus trabajos. Leidrado, natural de Norica y bibliotecario de la academia de Carlo Magno, fué arzobispo de Lion, y convirtió millares de adopcianos; Smaragdo, abad de S.

Miguel, escribió sobre gramática, siguiendo á Donato, y compuso la *Via regia* para instruccion de los príncipes; de S. Benito de Aniano nos quedan escelentes trabajos; Adalardo, ademas de los estatutos de su abadía de Corvia, ha dejado escelentes cartas y un tratado del órden interior del palacio; el español Agobardo escribió cartas, poesías y obras teológicas; Tegano la vida de Luis el Benigno; Ravan Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, nos ha dejado cincuenta y una obras de teología, moral, filosofia y cronología; y no son despreciables los escritos del godo Teodolfo y el italiano Paulino; por manera, que cuantos hombres honran el mundo científico en esta época pertenecen á las filas del clero, y esto por sí solo prueba que el clero se ocupaba del bien de sus hermanos, y ni pasaba los dias en el ocio, ni los consumia en los vicios, ni los consagraba á su egoismo como dicen sus enemigos, sino que el tiempo que dejaba de orar por los pecadores, por los reyes y los pueblos y de alabar al Señor, lo consagraba á las ciencias para ser útil á sus hermanos y mejorar la sociedad, llenando así el deber de su Estado y las funciones de su ministerio con todo el desprendimiento que ordena la caridad. Así es que nadie negará cuánto deben las ciencias y la humanidad al sacerdocio que se afanaba por esparcir aquella entre el pueblo como lo publican todas las historias y lo atestiguan mil sabios con-

temporáneos, que cualquiera que sean sus ideas, su religion, su patria, no pueden menos al investigar el orígen de las ciencias, de encontrar los trabajos del clero por mejorarlas y propagarlas; pero si contra tantas y tan autorizadas pruebas se revela aún la calumnia y la maledicencia, nosotros les citaremos los lugares y los hombres que las cultivaron y mejoraron, y verán que todos, ó la mayor parte, son monjes ó clérigos, y las escuelas monasterios; nosotros los remitiremos á Pavía y allí hallarán el convento de S. Agustin, y al frente de aquella escuela al monje Juan Maillon, discípulo del venerable Beda; en el de Fulda verán á los monjes enseñando gramática y otras ciencias: los conventos de Reicherán, Hirsange y Osnabruck tenian escuelas abiertas, y sus monjes se consagraban á la instruccion; Gregorio, discípulo de S. Bonifacio, esplicaba en Utrech; S. Anquero y Alberto fundaron la escuela de Corvia para civilizar la Sajonia; en España debemos á los monjes, entre otras mil cosas, la reforma de la letra, y los principales monasterios fueron por mucho tiempo las únicas escuelas donde la juventud recibia educacion, los únicos focos del saber; en Polonia, Alemania, Hungría, Portugal, en toda la Europa, en el mundo entero pertenece al clero esta honra, suya es la gloria; y por más que la maledicencia quiera privarle de esta corona, siempre reverdecerán sus flores en las sienes del sacerdo-

cio, y será su ornato más bello, su más hermoso timbre, su mejor panegírico; porque la calumnia, si oscurece por un momento la verdad, es solo para que se destaque más hermosa entre sus sombras, más resplandeciente, más incontrastable.

Bien pudiéramos confundir los detractores, y bien pudieran ellos evitarse esta vergüenza y nosotros este trabajo, si quisieran ser justos y tener la caridad de no perseguir al oprimido; pero nos insultan y nos retan, y así nos ponen en el caso de empuñar la pluma para defendernos; por esto queremos hacerlo en todos los terrenos que nos buscan, y á la nota de ignorantes que lanzan sobre nuestra frente, respondemos confundiendo su osadía y manifestando que nada sabrian hoy si el clero hubiera sido tan poco ilustrado como ellos en sus delirantes bascas pintan, y mucho menos si hubiera sido egoista y ambicioso, puesto que entonces no se habria consagrado á ilustrar los que, envueltos en la ignorancia, podia mejor dominar; pero muy al contrario, el sacerdocio comprendió los deberes que la caridad le imponia y se consagró al bien de sus hermanos; comprendió que un pueblo no puede ser verdaderamente religioso sin ser verdaderamente ilustrado; y por eso se dedicó á ilustrarle y se puso al frente de los establecimientos de educacion y se consagró á escribir libros de testo para los colegios y escuelas: lo primero se prueba por las actas y en los cánones de

los concilios, por la solicitud de los obispos y por sus determinaciones: bastará que en demostracion de esto citemos la capitular de Teodulfo, obispo de Orleans; dice así: "Que los sacerdotes sostengan las escuelas hasta en las aldeas y en los campos; y si algun fiel quiere confiarles sus hijos para instruirles en las letras, que no se nieguen á ello, que los instruyan, por el contrario, con perfecta caridad, *sin exigir ningun precio*, escepto aquello que los padres les ofrezcan voluntariamente y por afecto [1]." Lo segundo está atestiguado con los nombres de los autores puestos en las portadas de las obras mismas; en ellas veremos los libros compuestos por Alcuino para uso de las escuelas, y la homiliaria de Pablo el diácono purgada de solecismos y locuciones viciosas, la gramática teutónica; y no paró aquí la solicitud del clero; pues conociendo los obispos que las homiliarias eran la esposicion de la fé y de la moral, y por consiguiente necesario que estuviesen en el idioma que el pueblo comprendiera, las hicieron traducir en lengua romana y teutónica; y así, familiarizando los pueblos con las buenas doctrinas, no solo los civilizaron, sino que los moralizaron é hicieron útiles al Estado y á la sociedad.

En aquellos tiempos era la teología la primera de las ciencias, y su principal objeto la esplicacion

1 Concil. Turon, año 813, cap. 17.

de las santas Escrituras; pero como la ciencia teológica exige otros conocimientos, el clero se los procuraba y los adquiria, viniendo así ellos á formar la corte de la ciencia de Dios. La division conocida de *trivium* y *quadrivium* de Casiodoro y Boecio, fué llevada de Italia á Inglaterra por Agustin, á España por Isidoro, y á Francia por Alcuino. Los teólogos se limitaban en la interpretacion de los libros santos á acumular las citas de los santos Padres, y es bien seguro que no pudieran hacerlo sin saber las lenguas originarias y la crítica histórica. Ateníase la dialéctica á Aristóteles, aunque sin adivinar su ingenio ni su atrevimiento; la aritmética se hallaba llena de trabas por la numeracion romana, y se suplia su insuficiencia con estravagantes cálculos por los dedos [1]. Esta ciencia se aplicaba á las fiestas movibles y revoluciones lunares; la geometría y astronomía daban repeticiones mezquinas sin crítica ni esperimentos, y es por tanto, notable, hallar indicada en Beda la causa de las mareas como la indicó Newton posteriormente, y la forma esférica de la tierra con la existencia de los antípodas sostenida por el irlandés Virgilio, obispo de Salzburgo y discípulo de S. Colombano. Pasando á la historia hallamos á Cresconio en su espedicion á Africa del patricio Juan. Sobre el bautismo escribió el godo

1 Beda. De indigitatione.

Teodulfo, obispo de Orleans y abad de Fleury, y sobre el Espíritu Santo. A Paulino, á mas de sus poesías, debemos los decretos del concilio de Aquisgran. S. Julian de Toledo trató en su *Pronostici* de la vida futura y del estado de las almas antes de la resurreccion, estableciendo el dogma del purgatorio, y escribió la guerra del rey Wamba y el rebelde Pablo. Beda, educado en el convento de Viremont y en el de Jarow, se consagró á las ciencias y á la sagrada Escritura y escribió muchas obras sobre religion luego que recibió las órdenes sagradas, cultivando ademas astronomía y aritmética, escribiendo casi sobre todas las materias; sus mejores obras son la *Historia eclesiástica* y algunas vidas de santos. Habiendo concebido el proyecto de narrar los hechos de su patria, pidió noticias al abad Albino, versadísimo en esta materia, que se las mandó, como asimismo Nortelmo, sacerdote de Lóndres, con lo que, y las cartas que sacó del archivo de Roma, escribió cinco libros que empiezan desde el tiempo de Julio César y concluyen en el año 731, cuatro antes de su muerte, cuya obra es de grande estima. El abad Jorge, patriarca de Constantinopla, escribió un compendio de la Historia universal que empieza desde la creacion, que guarda el mismo órden, cuya obra fué continuada por el abad Teofano; en este trabajo encontramos estensas noticias eclesiásticas sobre el imperio de Oriente.

No encontramos otro historiador que haya escrito en griego; pero entre los latinos merece particular relato Pablo Warnefrido, diácono de Aquilea, autor de la historia de los longobardos, que escribió en el monasterio del Monte Casino. Tambien escribió la historia *Miscella*, cuyos diez primeros libros son una amplificacion de Eutropio. Llega el décimoctavo hasta el reinado de Leon el Isaurio; los otros seis que fueron añadidos en el siglo IX por Landolfo, canónigo de Chartres, condujeron la narracion hasta Teofano. Su historia de los longobardos fué despues continuada por Eschemperto, en lo concerniente á los príncipes de Benevento.

Tales y tantos fueron los hombres eminentes que produjo el clero y se consagraron á las ciencias y á la ilustracion de los demas; así comprendió el sacerdocio que debia ejercer la caridad, comunicando á sus hermanos la luz del saber, y poniéndose al frente de la sociedad para civilizarla; y no se diga que en los siglos posteriores el clero se apartó de esta senda que le trazaron sus predecesores, porque á esta calumnia responderán los siglos presentándonos al clero infatigable en su tarea, abrazando todas las ciencias, ejercitándose en ellas y en comunicarlas á los demas. En Oriente hallaremos á Teodoro Estudito, cuyos discursos, cartas y versos son admirables; veremos al arzobispo de Tesalónica al frente de la

escuela de los hijos de Teófilo; al patriarca Focio confeccionando en su *Nomacanon* los cánones y las leyes civiles que venian en su apoyo; y su biblioteca es el primer modelo de las obras críticas y bibliográficas. Volviendo la vista á Occidente, encontramos al monje Herico dirigiendo la escuela de S. German de Auxerrés; al concilio de Aquisgran ordenando que los canónigos sean instruidos en todos los ramos de la ciencia, y que uno de ellos, de una ciencia y virtud superiores, vigilara á los niños que frecuentaban la escuela catedral [1]; Eugenio II recomienda en un concilio á obispos y párrocos instituir escuelas donde se instruya *gratuitamente* en las ciencias divinas y humanas; el obispo Bernardo de Hildesheim funda bibliotecas en su diócesis; los monjes huyendo de los húngaros, slavos y árabes que incendiaban y saqueaban sus conventos, llevan consigo en union de las reliquias de los santos los libros y los conocimientos de que eran guardadores; así fué que por todas partes y en todos los paises, el campo intelectual se esplotaba por el clero, y á él debemos el adelanto y progresos de las ciencias y los opimos y sazonados frutos de la ilustracion.

Verdad es que hubo entre el clero hombres que se estraviaron del buen camino y se precipitaron

1 De los concilios españoles que tratan de la educacion y ordenacion dejamos hablado en otra parte de esta obra.

en el error, pero no es menos cierto que esto hizo que los ingenios entrasen en el terreno de la discusion para depurar la verdad, y de este modo, rebatiendo unos, y otros iniciando y sosteniendo los errores, pusieron á las ciencias en el estado de progreso que las va llevando á su perfeccion; de estos nos ocuparemos al tratar de las herejías y lo mismo de sus impugnadores; por eso en este capítulo hablamos solo del curso é incremento de las ciencias, y de aquellos teólogos que, firmes en el buen camino, jamas se apartaron de las sanas doctrinas, y sin separarse de la unidad católica, dieron curso á la libertad del pensamiento. Entre estos y en primera línea brilla el irlandés Juan Erigeno ó Escoto, que estuvo al frente de la escuela palatina de Cárlos el Calvo. Tradujo á muchos neoplatónicos de Alejandría, comentó á Aristóteles, y llama á Platon el mas insigne filósofo del mundo; sostuvo el libre albedrío en diez y nueve proposiciones; tradujo las obras de Dionisio Areopagita, hermana la filosofia y la teología, determina los límites en que debe contenerse la razon, y establece reglas para proceder de lo conocido á lo desconocido. Lanfranco de Pavía y Anselmo de Aosto debieron su elevacion á su gran sabiduría: el primero profesó en Abranches, luego en la abadía de Bec, y se aplicó á coleccionar los escritos del Testamento y de los Padres, y llegó á ser ministro de Guillermo el Conquistador. Aosto, su discípulo y sucesor en el profesorado, fué arzobispo de Cantorbery, gran pensador, trató todas las cuestiones de aquel tiempo y llegó en teología á querer probar por la razon los dogmas y misterios. En el tratado de la *Verdad* demostró que no nos engañan los sentidos sino los juicios que formamos. La escuela que fundaron estos varones insignes fué fecunda en ilustres discípulos.

Pedro Damiano, uno de los mas sabios y laboriosos prelados de aquella época, escribió cartas, opúsculos sobre disciplina eclesiástica, cuestiones exegéticas y teológicas, sermones y vidas de santos; Anselmo, obispo de Luca, trató de las inmunidades eclesiásticas y sobre las investiduras, recogiendo pasajes de la Escritura y de los decretos sobre esta materia. Gerberto (Silvestre II) atestigua en su correspondencia su vasta erudicion y buen criterio; se aplicó á reunir libros, y segun Ditmaro, colocó en Magdeburgo un reloj exactamente construido y que á traves de una caña observaba la estrella polar, y esta es sin duda la primera idea del telescopio. Asoció en las escuelas la dialéctica á las matemáticas para aumentar la fuerza y la penetracion del entendimiento. Ya tendremos lugar de ver que no estaban olvidadas las matemáticas cuando tratemos de la arquitectura. En la catedral de Florencia tenemos aún un monumento de astronomía, y este es un calenda-

rio de 813, con notables resultados de observaciones celestes, por los cuales el autor habia notado la desigualdad de los puntos equinocciales posteriores al concilio de Nicea, ateniéndose al cómputo Juliano: Dimil, monje irlandés, publicó un libro *de mensura orbis terræ*, en el cual se aprovechó de los trabajos de los antiguos, en especial de los que sirvieron para la tabla Teodosiana. Tenemos de otro clérigo de Rávena una descripcion del mundo, á la cual puede servir de ilustracion un mapa de 787 que posee la biblioteca de Turin en un comentario manuscrito del Apocalipsis, obras las dos de otro monje de aquel siglo.

El clero se habia apoderado de todas las ciencias, las cultivaba, las propagaba, y á él deben todas su incremento; así es que hasta la medicina cayó bajo su jurisdiccion, y á ella como á las demas se consagró con afan, resultando de esto que los monjes y los eclesiásticos la cultivaron, sin embargo de estarles prohibido por los cánones su ejercicio, especialmente en las operaciones que se ejecutan con el hierro é instrumentos cortantes. S. Benito mandó á los religiosos que estableció en el Monte Casino y en Salerno cuidar á los enfermos. S. Bertario abad, escribió un tratado de medicina, y por todas partes acudieron monjes á Salerno para instruirse en esta ciencia, y enfermos para ser allí asistidos. Constantino el Africano, despues de haber corrido Bagdad, Egipto, y la India, visitando sus escuelas, juzgado y perseguido como mágico, dejó la corte por el claustro del Monte Casino, y allí se dedicó á traducir diferentes obras de médicos orientales, y dió nuevo renombre á aquel asilo de la humanidad; y así fué que de todas partes acudian á la escuela salernitana aumentándose diariamente la afluencia de peregrinos, á cuya curacion contribuia no poco la saludable posicion de la ciudad y la fé de los concurrentes en las reliquias de S. Mateo, santa Tecla, y santa Susana, y habiendo ido allí Enrique II para hacerse operar de la piedra, el mismo S. Benito se encargó de estraerla durante su sueño, puso la piedra en su mano y cicatrizó la úlcera [1].

En el siguiente siglo publicó aquella escuela, bajo la direccion de Juan de Milan, algunos preceptos de higiene en verso, que fueron tenidos como reglas y traducidos en todos los idiomas. El año de 1000 escribió Gorioponto el *Passionarius Galeni*, coleccion de remedios sacados de Teodoro Prisciano. Cofon una terapéutica general, segun Hipócrates, Galeno y los médicos árabes, en quienes sin duda se vislumbra el sistema linfático. Romualdo, obispo de Salerno, mereció ser consultado por dos Guillermos de Sicilia y por el papa. Tambien salió de aquella escuela para médico de

1 Vita sancti Meinwerci.